

---

## Presentación

Gabriel Vargas Lozano

**D**el lunes 28 de junio al viernes 2 de julio de 1982, se llevó a efecto en la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana, el "Primer Simposio Internacional de Filosofía Contemporánea" dedicado a reflexionar en torno a la obra de uno de los pensadores más importantes del siglo XX, el filósofo francés Jean Paul Sartre.

Dicho simposio fue realizado a iniciativa del Área de Filosofía de las Ciencias Sociales del Departamento de Filosofía, con el patrocinio de la UAM, la decisiva intervención de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, en ese momento a cargo del Dr. Jorge Martínez Contreras, quien fungió también como presidente del Simposio, y la colaboración tanto de la Asociación Filosófica de México, A.C. como del Instituto Francés de América Latina.

En esta reunión académica participaron, además de numerosos invitados nacionales, prestigiados especialistas procedentes de diversas universidades europeas y latinoamericanas. En este volumen, el lector encontrará la mayor parte de los trabajos presentados en el simposio (a excepción de algunos que lamentablemente no llegaron a tiempo) y podrá comprobar por sí mismo, el alto nivel alcanzado en la discusión.

La realización de este simposio cumplió diversos objetivos: En primer término, inaugurar una tradición en una universidad recientemente fundada. No hace falta señalar la importancia de este hecho. Cuando las investigaciones que se hacen en una institución han alcanzado un nivel superior de desarrollo y profundización en cualquier campo del saber, se hace necesario contar con una instancia de debate internacional que funcione en for-

---

ma permanente. En relación a este último aspecto, la iniciativa del Área de Filosofía de las Ciencias Sociales contempla la realización de estos simposios en forma bianual, alternando el examen de la obra de un autor con la discusión en torno a una temática determinada.

En segundo lugar, el inicio de esta tradición se hizo con la perspectiva de contribuir al desarrollo y enriquecimiento de la Filosofía en nuestro país. El Simposio de la UAM viene a sumarse a los esfuerzos realizados en ese mismo sentido por la Asociación Filosófica de México, el Instituto de Investigaciones Filosóficas y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, organismos e instituciones que también han efectuado reuniones regulares de esta naturaleza estableciendo nuevos lugares de diálogo filosófico.

Finalmente, el simposio permitió la profundización en la filosofía que se hace en la propia UAM desde una perspectiva abierta y plural. Ya desde la convocatoria del simposio se señalaba que éste pretendía constituirse en punto de partida para el inicio de un amplio diálogo con las más diversas corrientes del pensamiento contemporáneo a partir de los temas abordados por el autor de la *Crítica de la razón dialéctica* y no en una exégesis de su obra. Se trataba de analizar el pensamiento de Sartre de una manera viva; tanto en sus momentos deslumbrantes como en sus zonas oscuras. Y de igual forma, determinar la vigencia o la caducidad de sus proposiciones a la luz de otras concepciones filosóficas y del mismo devenir histórico.

El Comité organizador propuso que la discusión se desarrollara en torno a cinco grandes temas que hoy se han convertido en seis capítulos: las relaciones entre ética y libertad; literatura y filosofía; praxis, política y filosofía; socialismo

y burocracia; y la dialéctica en la explicación social. Posteriormente se agregó el tema de fenomenología y ontología.

Ahora bien, ¿qué interés tiene para la filosofía contemporánea reflexionar sobre la obra de Sartre?

El lector encontrará en este número especial muchas y muy variadas respuestas, pero acaso valdría la pena intentar una nueva desde nuestra perspectiva.

Sartre fue un pensador que se expresó a través de diversas formas, alcanzado en la mayoría de ellas niveles de trascendencia universal. En la dimensión de la creación y la crítica literarias expresó siempre con originalidad y pasión los conflictos existenciales que ocasionaron al hombre el holocausto de la guerra mundial y las sucesivas crisis de la posguerra. Sartre nos descubrió a través de *La Náusea*, *Las moscas*, *A puerta cerrada*, *La edad de la razón*, *El muro*, *Muertos sin sepultura*, *Los caminos de la libertad*, *El idiota de la familia* y tantas otras obras, el mundo de la alienación, de la reificación, de la angustia, del compromiso, de la libertad. En la obra sartreana se anudan en forma indisoluble el pensador y el escritor.

Como hombre político, Sartre se convirtió en conciencia lúcida de su tiempo: asumió el papel de crítico de la institución académica francesa y en general de la institución literaria. Su renuncia al premio Nobel fue un ejemplo de su rechazo explícito a la "consagración". Desde *Les temps modernes* censuró acremente a la concepción de la política que tenía (y tiene) gran parte de la izquierda europea (y no europea). Con aguda sensibilidad denuncia desde sus inicios la aparición de la burocracia en el socialismo, la esclerosis del marxismo al convertirse en ideología de Estado, la práctica sectaria y ciega

de los partidos políticos. Y a su vez sus críticos le censuraron su militancia pequeño-burguesa, su concepción no orgánica del intelectual, su papel descen- trado de las luchas políticas. Sin embargo, Sartre siguió su camino radicalizando su esfuerzo crítico y su posición ética. Recordemos su firme oposición al colonialismo francés en Argelia. En el prólogo a *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon, Sartre escribe brillantes y amargas páginas: “Ustedes (dice dirigiéndose a los europeos) saben bien que somos explotadores” [...] “los buenos espíritus, liberales y tiernos —los neocolonialistas en una palabra— preten- dían sentirse asqueados por esa inconsecuencia; error o mala fe: nada más consecuente, entre nosotros, que un humanismo racista, puesto que el europeo no ha podido hacerse hombre sino fabricando es- clavos y monstruos”.

Pero la censura sartreana al colonialismo no termina ahí. Desde el “Tribunal internacional contra los crímenes de guerra cometidos en Vietnam”, des- pués “Tribunal Bertrand Russell”, hace un profundo análisis de la mentalidad genocida y pone al servi- cio de un pueblo martirizado la inteligencia de su filosofía y la forma de su literatura.

Y por último, en la primavera del 68 francés, Sartre no duda en situarse al lado del movimiento y acompañarlo en su destino. La última imagen que nos llegó de él fue distribuyendo por las calles de París el periódico maoísta *La causa del pueblo*, sim- bolizando así su disposición de ayudar a dar voz a los que no la tenían, a pesar de sus propias reservas críticas respecto de las tesis sostenidas por ellos. Sartre afirmaba así su vocación volteriana de la li- bertad.

La posición sartreana en la dimensión de la fi- losofía es también vasta, compleja y polémica. Más allá de su paso por la fenomenología y ontología

heideggeriana, una de sus polémicas más importan- tes fue la que protagonizó con el marxismo. Respec- to del marxismo, Sartre tuvo siempre una posición polémica y que se puede prestar a equívocos. Al- gunos especialistas en la obra de Sartre dudan en colocarlo al lado del marxismo; otros, en cambio, lo consideran un marxista que desea ir más allá de él.

Tres polémicas nos llaman la atención. La pri- mera es en torno al materialismo en su lejano texto *Materialismo y revolución*. Si hacemos hoy una lec- tura de ese libro encontramos que Sartre se refiere más a la mixtura esquemática que se hizo de las teo- rías de Marx y Engels por un marxismo “oficial” que a las concepciones sostenidas por los propios Marx y Engels. Sartre cae así en la trampa en la que cayeron también la sociología y la filosofía europea, al criticar la extensión del materialismo marxiano al ámbito de la naturaleza; sin embargo, hoy podríamos coincidir, si no en los términos, al menos en el espíritu, con la aclaración que hiciera Sartre a Roger Garaudy respecto de su libro *Pers- pectivas del hombre*. El autor de *El ser y la nada*, escribe en una carta: “Entendámonos: el marxismo, como marco fundamental de todo pensamiento filosófico de hoy, es insuperable. Entiendo por mar- xismo el materialismo histórico, que supone una dialéctica interna de la historia y no el materialis- mo dialéctico, si se entiende por ello ese ensueño metafísico que creería descubrir una dialéctica de la naturaleza. Esta dialéctica de la naturaleza *pue- de* existir, en efecto, pero es preciso reconocer que no tenemos el más pequeño comienzo de prueba de ello”.

Hoy, gracias a los estudios acuciosos que se han hecho, entre otros los de Alfred Schmidt, sabemos que la teoría de Marx se concentra en la explica- ción de la historia y que su materialismo implica

---

el reconocimiento de una objetividad que surge de las relaciones sociales constituidas por los hombres a partir de su intercambio práctico con la naturaleza y con los otros hombres.

La segunda gran polémica se centra en la crítica sartreana al, por él mismo llamado, pan-objetivismo de la filosofía marxista, y en rigor, del materialismo histórico. La preocupación principal de Sartre en este aspecto fue la de reivindicar el concepto de subjetividad. En este punto, el blanco de su crítica es la interpretación lukacsiana y la ambigüedad con que se presentaron ciertos textos del propio Marx como *Contribución a la crítica de la economía política*. En un informe introductorio a una conferencia-debate que se realizó en Roma, en 1961, a invitación del Instituto Gramsci (publicada en español por "Cuadernos de Pasado y Presente") Sartre precisa su tesis diciendo que si bien *La Contribución* nos lleva por el camino de la ciencia social objetiva, es necesario también retomar en el análisis los textos del joven Marx remitiéndonos al hombre total. "En los textos del joven Marx, el hombre total se define mediante una dialéctica de tres términos: necesidad, trabajo, disfrute. Por tanto, si queremos comprender, después de Marx, la dialéctica de la producción en su conjunto, es preciso ante todo ir al núcleo, y el núcleo es el hombre que tiene necesidades, que busca satisfacerlas, es decir producir y reproducir su vida mediante el trabajo, y que alcanza, según el proceso económico que de ello resulte, a una satisfacción más o menos imperfecta, más o menos atrofiada, más o menos total".

En las anteriores líneas encontramos la razón de ser de la *Crítica de la razón dialéctica*, publicada un año antes. Y aquí encontramos también un problema teórico que sigue siendo válido independientemente de que reconozcamos o no los alcances de

la proposición sartreana: la necesidad de encontrar el punto de complementariedad entre un análisis científico que se sitúa más allá de los individuos y que encuentra su tierra nutricia en las relaciones sociales y un tipo de explicación que nos dé cuenta de lo que está mas acá, es decir, de la evolución individual, de la peculiaridad, de lo vivo. Necesitamos diseccionar el esqueleto pero también necesitamos al hombre de carne y hueso, con su necesidad, su pasión, su angustia y su alegría del existir. Esto último es lo que le preocupa a Sartre.

Este segundo problema nos lleva de la mano al tercero: su concepto de filosofía.

Para Sartre, como dice en "Cuestiones de método", "la filosofía es al mismo tiempo totalización del saber, método, idea reguladora, arma ofensiva y comunidad del lenguaje" [...] "el filósofo lleva a la unificación de todos los conocimientos regulándose gracias a ciertos esquemas directores que traducen las actitudes y las técnicas de la clase ascendente ante su época y ante el mundo". [...] "Una filosofía, cuando está en plena virulencia, nunca se presenta como cosa inerte, como la unidad pasiva y ya terminada del saber; ha nacido del movimiento social, es movimiento ella misma y muere en el porvenir: esta totalización concreta es al mismo tiempo el proyecto abstracto de continuar la unificación hasta sus últimos límites". Sartre nos dice también que la filosofía es irrebasable mientras no se supere el momento histórico del cual es expresión. Es por ello que el marxismo constituye el horizonte de nuestro tiempo y el existencialismo una ideología. El existencialismo, según Sartre, es una ideología porque "es un sistema parásito que vive al margen del Saber, al que en un primer momento se opuso y con el que hoy trata de integrarse".

De nuevo encontramos aquí el campo polémico. No hay duda de que cada una de las corrientes filosóficas contemporáneas, incluyendo diversas vertientes del marxismo, expresarían reservas críticas respecto de esta forma de entender la filosofía. Para poner sólo un ejemplo, desde la óptica de Wittgenstein en el *Tractatus*, la filosofía no tendría como cometido unificar los conocimientos ni sería ella misma un conocimiento sino sólo reflexión sobre el significado de las proposiciones científicas.

En su concepción de la filosofía, Sartre tiene presente más un concepto clásico de ella que las nuevas reflexiones en torno al papel que juega la filosofía en relación a las ciencias y a la ideología. Hoy no se aceptaría la tesis de que la filosofía sea la unificadora de los conocimientos (a menos de que la entendamos de otra manera, por ejemplo en la búsqueda de su interrelación), pero lo que se encuentra detrás de su tesis es más bien la forma en que la filosofía cumple un papel en cuanto formadora y transformadora de la ideología y en ese sentido sí cumpliría, en determinado momento, la función que le atribuye Sartre.

En lo que respecta a la posición que Sartre le asigna al existencialismo respecto al marxismo la afirmación es equívoca. Si se realiza un análisis más a fondo del proyecto de Sartre podemos descubrir que lejos de pretender ser una ideología complementaria, el existencialismo, por la vía de Sartre,

pretende ser una refundamentación ontológica del marxismo que se opone a la concepción ontológica sostenida por el propio Marx. En este preciso punto creemos que existe una contradicción entre el proyecto de fundar una ontología del *dasein* y la tesis marxiana de que el punto de partida de la explicación no es el hombre sino el “conjunto de las relaciones sociales”, como expresa en la tan debatida tesis VI sobre Feuerbach.

Y aquí encontramos el nudo principal de la *Crítica* sartreana: no se puede dar la razón a Hegel, a Kierkegaard y a Marx sin pagar un costo: encontrar su oposición y su irreductibilidad.

Pero no se trata tampoco de afirmar a unos para negar a otros. La filosofía de Sartre ha encontrado vetas sobre las cuales todavía hay que transitar para alcanzar nuevas metas. En esto radica su vigencia y su significado para la filosofía contemporánea.

A pesar de todo, tal vez sea muy pronto para hacer afirmaciones definitivas sobre la obra de Sartre. Quedan todavía muchos manuscritos no conocidos y nuevos acercamientos a sus concepciones. Por lo pronto, nuestro simposio ha querido ser, y creemos que de alguna manera lo hemos logrado, un acercamiento serio, riguroso y abierto, a uno de los pensadores y hombres de acción más destacados y fecundos de nuestro tiempo. Esperamos que en otros simposios, podamos renovar el intento en esas o en otras direcciones. 🙌